



SOBRE EL SENDERO HACIA DIOS

Por Claudio Dossetti

Para transitar el Sendero hacia Dios no son muchas las cosas que debemos saber y conocer, pero debemos esforzarnos por comprenderlas bien, es decir, hemos de tratar de que pasen a habitar en lo profundo de nuestro corazón.

Lo primero que hemos de saber es que todo el universo es la manifestación de Dios. Cada ser viviente, cada árbol, río, nube, estrella o brizna de hierba, es una manifestación del Señor. Nada hay que no sea Dios, quien mora siempre pleno de paz y bienaventuranza en el corazón de todos los seres. Sin importar cuales sean los acontecimientos de la vida, buenos o malos, felices o dolorosos, gratos o ingratos, en la base de la misma la existencia siempre se halla Dios, alumbrándola, sosteniéndola y cuidándola.

Otra cosa que hemos de saber es que ese mismo Dios —que es el sostén del universo— es idéntico a nuestra propia alma. Es decir, para hallar a Dios no deberíamos ir a buscarlo a algún lugar remoto, o a algún cielo muy elevado, sino que, por el contrario, deberíamos buscarlo en el santuario de nuestro propio corazón. Si llegamos a vislumbrar a esa Divinidad que habita

en nuestro ser, al mismo tiempo la veríamos en todas las criaturas, y comprenderíamos que todo es Dios y sólo Dios.

Además, deberíamos comprender que esa contemplación de Dios en nuestro interior requiere que las aguas del lago de nuestra mente se hallen serenas. La forma de la Luna se refleja perfectamente en las aguas quietas y límpidas de un estanque, pero su forma no es reflejada si las aguas se hallan turbulentas y lodosas. Si nuestra mente se halla agitada a causa de muchas preocupaciones, deseos, apegos, rencores, etc., se parecerá al agua turbulenta y lodosa de nuestro ejemplo, y no podrá reflejar la Luz de Dios, que brilla siempre, y en todo lugar.

Otra cosa que tendríamos que tener presente es que para lograr que poco a poco en nuestro corazón more la paz, y que nuestra mente tenga quietud, deberíamos hacer que Dios sea el centro en torno al cual gire nuestra existencia. No hay otra forma. Para ello es necesario pensar constantemente en las cosas espirituales, leer Libros Sagrados, hablar y escuchar sobre el Camino Divino, estudiar la vida de los santos y los grandes Maestros, y en lo posible, tratar de orar y meditar en forma constante y metódica.

Además de ello hemos de tratar de comprender que para mantenernos en el Camino Espiritual a lo largo de toda la vida es fundamental tener la compañía de personas devotas que también anhelan llevar una vida consagrada a Dios. Mientras nos hallamos en un lugar en el cual todo gira en torno a la enseñanza de la vida divina, nos resulta relativamente simple re-

cordar a Dios; pero... si nos hallamos solos en el mundo de las ocupaciones cotidianas, con sus preocupaciones temporales, etc., es muy probable que olvidemos por completo a Dios. Así, debemos esforzarnos con todas nuestra fuerzas de permanecer en compañía de almas buenas y devotas.

Por otra parte, hemos de saber que mientras vivimos en el mundo, siempre está la posibilidad de apartarnos del Camino Espiritual. A veces, las circunstancias que nos rodean, unidas a acontecimientos inesperados que nos suceden, combinados con nuestra desatención y distracción, hacen que —por así decir— nos desbarranquemos de la senda, casi sin darnos cuenta de ello. Y cuando ello sucede, resulta muy difícil retornar al reino de lo espiritual, porque el mundo, con el poder de su incesante actividad nos atraparé en un torbellino de apegos, compromisos y obras del cual es difícil salir. Por lo tanto, hemos de estar atentos a Dios en todo momento y evitar que las cosas pasajeras nos saquen de la senda eterna.

Además debemos darnos cuenta de que para transitar el Sendero Espiritual es necesario ser humildes. Nunca deberíamos pensar que somos mejores que los demás, o más virtuosos, o más idóneos para la vida divina. Pensar de ese modo es un error nacido de la misma ilusión del mundo. Cuanto más sencillo y humilde sea nuestro corazón, más cerca estaremos de la Divina Realidad.

Otra cosa que hemos de saber es que en el Sendero Espiritual el conocimiento libresco y teórico no tiene absolutamente

ningún valor. Podemos conocer muchas doctrinas espirituales, muchas palabras sobre filosofía, muchas enseñanzas sabias, pero... si caminando por la calle no damos de comer a un perro hambriento, o no colaboramos con alguien que nos pide ayuda, hemos de saber que todo cuanto sabemos es una mera teoría, un fantasma que vive en nuestro intelecto, y que no tiene ningún valor para Dios.

Por otra parte hemos de tomar conciencia de que es esencial pensar en el bien de los demás antes que en el propio. Cuando aprendemos algo hemos de pensar de qué modo ello nos ha de ayudar a servir a nuestro prójimo. Cuando recibimos algo, deberíamos buscar el modo de beneficiar a los otros con ese algo que hemos recibido. Cuando realizamos alguna obra, tendríamos que hacerla por el bien de los demás antes que para el nuestro propio. Esto es algo básico en el Sendero Espiritual que debemos tratar de realizar desde el primer día.

Otra cosa que debemos saber es que la devoción a Dios es la única fuerza que nos permitirá permanecer afianzados en la Senda Espiritual. Ese Amor a Dios es un sentimiento profundo que habita en nuestro corazón, que siempre ha estado y siempre estará allí. Tratar de cuidar y cultivar con esmero esa semilla eterna que mora en nuestro interior para que crezca y fructifique con la Gracia de Dios debería ser nuestra obra diaria. Así como el aceite de una lámpara es la fuente de la cual brota la llama, de modo similar, la Devoción es la fuente de la cual brota la Vida Divina.

Y por último, lo esencial, sin lo cual nada de lo anteriormente dicho sería posible: el *Guru* o Maestro Espiritual. Así como para encender una lámpara es necesario que exista un fuego previamente encendido, de modo similar, para encender el anhelo por Dios en nuestro corazón es necesaria la cercanía de alguien que ya posea la llama del Amor Divino brillando en su propio corazón. No hay otro modo. El *Guru* es la luz que disipa las tinieblas que impiden ver el camino, es la certeza que desvanece las dudas, es el amor que nos protege y la compañía permanente en nuestro acercamiento a Dios.

¡Quiera nuestro Señor que podamos dedicar nuestra existencia al acercamiento a Dios y al bien de nuestros semejantes!

¡Bendita sea nuestra Maestra Espiritual que nos ha dado un Hogar Celeste en donde cultivar el Amor Divino!

Om. Paz, Paz, Paz.

Por el Prof. Claudio Dossetti

Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura
